



EL LAUREL

ACIENDO la mañana, alzábase pomposo
Con noble gentileza magnífico laurel;
Y dicen que la aurora, al verlo tan hermoso,
Suspiró de contento y enamoróse de él.

Blandió el laurel sus tallos con arrogante brío,
Y cuando al cielo altiva la frente levantó,
Cayó sobre sus hojas tal lluvia de rocío,
Que al ímpetu doblóse, y de placer gimió.

La brisa en tal momento, meciéndose ligera
En los espesos ramos, le dijo al resbalar:
—«Soy de la reina aurora la esclava mensajera:
Oye lo que en su nombre te vengo á confiar.

» Tu majestad brillante, tu juventud preciada,
El lujo de tus hojas, tu espléndido verdor,
La tienen por tu dicha de amor enajenada :
Yo traigo en mis suspiros las prendas de su amor.

» Y porque siempre viva y eterna en tu memoria
De su cariño tierno la gracia celestial,
Serás entre los hombres un símbolo de gloria;
La frente que tú ciñas también será inmortal.»—

Dijo, y en vuelo fácil, inquieta y bullidora,
Hacia el rosado Oriente sus alas dirigió ;
Cayeron nuevas perlas del manto de la aurora,
Se alzó el laurel de nuevo, y el sol lo iluminó.

Setiembre.—1849.



LAS AZUCENAS.

En cefirillo joven,
Fresco y donoso,
Quejábase una tarde
Triste y lloroso.
Toda su pena
Era vivir prendado
De una azucena.

Llevábale en sus alas
Perlas del río,
Deliciosos murmullos,
Fresco rocío.
Á tantos bienes,
La ingrata devolvía
Sólo desdenes.